

## La muerte en mis manos

*“Vendrá la muerte y tendrá tus ojos,  
esta muerte que nos acompaña,  
desde la mañana a la noche, insomne...”*  
Cesare Pavese

*Por*  
*Adrián Restrepo Parra*  
*Instituto de Estudios Políticos*  
*Universidad de Antioquia*

Carlos Gaviria Díaz promovió el ideal de la autonomía del individuo como parte necesaria de la libertad. Hacerse cargo de sí mismo, tomar la vida propia y responder por los actos realizados en el camino de crear niveles crecientes de bienestar personal. La libertad como un acto de responsabilidad consigo mismo y con los demás que debe ser llevado consecuentemente hasta el final de los días del individuo. Coherencia política y existencial necesaria cuando se entiende la muerte como parte de la vida, destino que por serlo tiene carácter fatal. La muerte al tener una mirada para todos nos recuerda que su abrigo es un límite a la autonomía, impedimento biológico que nos hace sentir impotentes, sentimiento que suele salir en la tristeza de un acorde de bandoneón. Sin embargo, en ese estadio postrero del ser biológico, aún allí rendido ante su suerte, el individuo puede ejercer su último acto de libertad: decidir cómo morir.

Envejecer y morir nos confrontan con la mortalidad humana y con los límites de la autonomía personal. A pesar de la batalla declarada por ciertos sectores de la ciencia a la vejez como antesala de la muerte y a ésta como la culminación de la existencia biológica, lo cierto es que en estos tiempos ambas se imponen como realidad. Ante el hecho de esta “tosca materia” los seres humanos han

buscado distintas vías para encarar este evento. Una de ellas tiene un antecedente contemporáneo a comienzos del siglo XX en Inglaterra, donde empezó a tomar fuerza la concepción de morir dignamente. Frente a la certeza de la desintegración del cuerpo, la inefable despedida de quienes se ama y también del mundo tallado día a día, asumir la muerte propia como parte de la vida individual que se ha decidido vivir conduce al individuo a ser responsable consigo mismo y con los seres cercanos.

Quienes ante la fuerza de los hechos aceptan la mortalidad, la finitud condensada en un nunca jamás, incorporándola en un estilo de vida vital han proclamado desde su condición ciudadana el derecho a definir cómo poner punto final a su existencia biológica y social. Esa proclama conlleva un doble movimiento: la liberación de los dolores tanto físicos como afectivos insoportables e innecesarios para prolongar una vida irremediablemente agotada. Y, asimismo, la posibilidad de elección de un método para morir que suele tener entre sus características ser breve e indoloro, la dulce muerte. Este carácter realista parte por reconocer, como indica la ciencia, que la llamada muerte natural ahora no existe, que las personas mueren, morimos, por una determinada enfermedad cuyo mensajero es el dolor insufrible.

Las personas que hacen ejercicio de su autonomía ante lo inevitable obran amparadas por conocimiento e información científica, no es una decisión arbitraria o demente. La certeza de un dictamen médico hace que el involucrado se vea precisado a tomar la decisión que considera pertinente para arrogarse su final. Asimismo, los medios seleccionados recurrentemente para morir con dignidad revisten carácter científico porque estos conjugan la evasión del dolor torturante y la brevedad del lapso de tiempo para fallecer. Esta relevancia de la ciencia en un momento crucial como ese hace que el paciente anhele ser acompañado por el médico

durante todo el ciclo vital de la vida que incluye también el morir, respetando las *decisiones* que el paciente toma basado en la información que él espera su médico suministre de manera clara y precisa.

La vitalidad de una vida encarna la autonomía del individuo para realizar sus libertades hasta cuando estas empiezan hacerse “bruma”. El día que la mirada de la muerte nos sorprenda, ese azaroso e inevitable día, posiblemente podremos tomar también la muerte propia con las mismas manos con las cuales hemos respondido por nuestros actos. Para ese día hay que prepararse desde el nacimiento y todos los días porque ese momento no solo es el último sino ante todo la culminación de una vida que, como toda obra, debería concluirse de forma consecuente a como se ha vivido, es decir autónomamente.

Quienes han hecho de la autonomía del individuo un aspecto importante de la libertad, como el maestro Carlos Gaviria, hasta responder por la manera de morir, posiblemente comprendan que la belleza y atractivo de la vida radique en ser efímera, en incluir la muerte, y por ello debería vivirse vitalmente, con pasión como el rojo de la rosa, o dicho con las palabras de Raúl Gómez Jattin:

“La muerte camina en tus huesos y florece en tu piel  
lo que me ofreces entonces es una rosa  
cuyos pétalos caen lluvia de la eternidad”.